

MARÍA CECILIA CIFUENTES H.
DIRECTORA EJECUTIVA CENTRO ESTUDIOS FINANCIEROS

El riesgo de “argentinizarnos”

El Mercurio
25 de agosto de 2020

“Ya están los economistas diciendo que viene el lobo, y como siempre, no se cumplirán sus dramáticos presagios”, pensarían algunos. Porque ese ha sido uno de los temas en estos días y, de alguna forma, me sentí aludida. Efectivamente en los últimos años varias veces me manifesté contraria a reformas tributarias, laborales y de regulación, por ser opuestas al desarrollo. No comparto que las advertencias sobre los efectos negativos de las reformas hayan sido catastrofistas. Los efectos están a la vista para cualquiera que quiera mirar con más detalle los números. Entre 1990 y 1999 el creció un 6,1%, cayendo a una tasa de 4,2% entre 2000 y 2009, y a un 3,2% entre 2010 y 2019. Como se puede apreciar, a pesar de una bonanza espectacular del precio del cobre entre 2003 y 2012, la pérdida de dinamismo es evidente. De hecho, llevamos dos décadas con un crecimiento prácticamente nulo de la productividad total de factores. Se podrá decir que esto también se observa en algún grado en otros países, pero se suma además que las exportaciones de bienes y servicios medidas en volumen, que crecieron a un ritmo promedio de casi 10% en la década de los años 90, se expandieron a una tasa del 4,6% en los 2000 y de solo 1% en los últimos 10 años. El deterioro de la competitividad es clarísimo. En materia laboral, si bien las remuneraciones de los asalariados han seguido creciendo, no ocurre lo mismo con su número, el empleo formal ha ido disminuyendo su ritmo de crecimiento, a la par con la pérdida de dinamismo. El resultado: seguimos teniendo un nivel elevado de informalidad, que nos ha pegado fuertemente en esta pandemia.

El mercado de capitales tampoco es inmune a este deterioro: el IGPA en términos reales es equivalente al de 13 años atrás. En definitiva, creo que no hay duda de que hemos ido decayendo en forma evidente en la calidad de las políticas públicas, y los efectos de este deterioro, aunque no instantáneos, son indesmentibles.

Ahora nos enfrentamos a riesgos mayores, tanto desde el punto de vista económico como político, que me hacen pensar que podríamos repetir errores graves de nuestro país vecino.

En el campo económico, uno de los principales problemas de Argentina ha sido que crecientemente más personas viven del Estado, lo que ha generado incentivos en los sectores productivos a funcionar “en negro”, siendo entonces cada vez menos los que financian un gasto fuertemente creciente del Estado, generando un déficit fiscal crónico, junto con serios problemas del clientelismo y corrupción.

Chile enfrentará un reto en esta línea, ya que mientras la actividad empieza de a poco a repuntar (en junio del IMACEC no minero aumentó levemente respecto a mayo), el empleo sigue cayendo en forma dramática. Parece evidente que la actividad se recuperará más rápido que el empleo, apoyada en parte por la aceleración del proceso de automatización. ¿Y qué haremos con los tres millones de desempleados, la mayoría de los cuales corresponden a los sectores más vulnerables y con menor capital humano? El retiro de las ayudas actuales del Estado será políticamente muy complejo, con una creciente presión de sectores de izquierda por establecer una forma de renta básica universal. Dado que es fiscalmente inabordable, vendría la presión por subir los impuestos a los sectores productivos, alejándose cada vez más la posibilidad de alcanzar el desarrollo.

Más personas viviendo del Estado puede ser una situación atractiva para el mundo político, ya que muchos dependerían de la “generosidad” del Estado, dejando entonces de aportar su esfuerzo y talento, y donde se ven dañados irremediamente los incentivos a producir. El resultado termina siendo que las ayudas las pagan los mismos que las reciben, al ser parte de una sociedad que no genera las oportunidades para que surjan por sus propios medios. Es indispensable, entonces, que tanto el sector público como el privado tengan como prioridad hacia adelante la creación de puestos de trabajo, junto con planes de capacitación y reconversión laboral para los millones de trabajadores que enfrentarán serias dificultades de reinserción laboral. Esa debe ser la política pública más importante en los meses que vienen. El otro problema que me evoca a la situación de Argentina es el deterioro de la política. Hace décadas que en nuestro país los grupos más preparados se alejaron de la actividad política, dejándola en manos de mafias que gobiernan a favor de los grupos de presión. En Chile no hemos llegado a ese punto, pero me parece evidente que la calidad del proceso legislativo se ha deteriorado en forma significativa. Si gana la opción “Apruebo” en el plebiscito de octubre, ¿quiénes redactarán la nueva Constitución? ¿Serán personas con la preparación suficiente para una tarea de esa importancia? ¿Tendrán el coraje suficiente para hacer frente a las funas y amenazas de las redes sociales cuando planteen que no todo lo que pide la calle se puede lograr con solo escribirlo en un papel? El desafío político-institucional que tenemos por delante es aún más complejo que recuperar el empleo de tres millones de trabajadores.